

## ALEJANDRO Y LA HISTORIOGRAFÍA HELENÍSTICA

---

L. PRANDI, *Fortuna e realtà dell'opera di Clitarco*, Stuttgart, Franz Steiner, 1996.

Hay personalidades de la antigüedad clásica –Sócrates, el emperador Juliano– cuya biografía o gesta política ha desencadenado un alud de aportaciones historiográficas y literarias\*. Ninguna tanto como Alejandro. A su muerte, antes incluso en el caso de Calístenes, brota una pléyade de composiciones centradas en su figura y su empresa. Más de veinte contemporáneos publicaron obras relacionadas de una manera u otra con ellas. De toda esta producción nos ha quedado en el mejor de los casos fragmentos, y en ocasiones sólo el nombre del autor; cabe suponer que otros textos coetáneos han desaparecido sin que nos alcance el más mínimo rastro de su existencia. La importancia política e histórica del tema no fue el único factor que alimentó este desmesurado crecimiento. Ocurrió también que la expedición de Alejandro puso ante los ojos de los griegos una variadísima gama de realidades inéditas; muchos de los protagonistas quisieron dar testimonio de las maravillas presenciadas o, sencillamente, dejar constancia de su participación<sup>1</sup>. Afanes de legitimación política se entremezclaron, pues, con la fascinación hacia el personaje y su gesta para conformar el suelo donde se desarrolló la alejandrografía helenística<sup>2</sup>, y en ese sentido resulta significativo que sea entonces cuando se ponen las bases de la historia novelada –la *Vida y hazañas de Alejandro Magno*– que la tradición

\* El presente trabajo ha sido realizado en el marco del Proyecto de Investigación PB961347. La elaboración y redacción definitiva es obra de J.M. Candau Morón, pero en la discusión de ideas y la aportación de datos han participado todos los firmantes.

<sup>1</sup> Cf. PEARSON 1960, 7

<sup>2</sup> Según ERRINGTON (157-8) Alejandro no desempeñó ningún papel en la propaganda oficial o semioficial de los reinos que le sucedieron. Esta afirmación es matizable, pues su figura contribuyó de manera sustancial a la consolidación del éxito militar y el carisma personal como fuentes legitimadoras de la monarquía: véase GOUKOWSKY 1978, 145-7. Con todo, parece cierto que el significado político de Alejandro no fue, durante la época helenística, tan grande como cabría esperar.

manuscrita atribuye a Calístenes<sup>3</sup>. Bajo la dominación romana pervivieron los mismos estímulos, pues Roma, al recoger la herencia imperial de Alejandro, hizo del monarca macedonio un emblema político y humano. Empeños historiográficos e ideológicos, pero también novelescos, se combinaron así hasta formar un conglomerado de noticias falsas y auténticas dentro del cual operaban, además, tradiciones orales (τὰ λεγόμενα de Arriano)<sup>4</sup>. La Antigüedad tardía asiste a una renovación del interés por Alejandro, cuya imagen, tras pasados los umbrales del mundo clásico, llega hasta nuestro días conservando en gran medida su capacidad para propiciar debates ideológicos, su poder de seducción y su atractivo como tema de investigaciones históricas. En la década de los 30 y los 40, varios eruditos de lengua alemana hicieron de él un campo de pruebas para la concepción biológica y racial de la historia acomodada a los principios del Nacional-Socialismo<sup>5</sup>; y, desde el campo opuesto, Tarn modeló la imagen -hoy desacreditada, pero dominante durante bastantes años- del Alejandro diseñador de una especie de *commonwealth* donde todas las razas convivían y la unidad esencial del género humano fundamentaba un nuevo orden político, imagen que recreaba la mentalidad operante tras proyectos como la Sociedad de Naciones o las Naciones Unidas<sup>6</sup>. Si ello evidencia la vitalidad de Alejandro como figura susceptible de desencadenar polémicas ideológicas, de su potencial para prender en las mentalidades alejadas de los círculos académicos dan testimonio el cine y la novela, que han tratado su gesta repetidamente. En cuanto a publicaciones, la bibliografía de N.J. Burich, aparecida en 1970, cifraba en 338 las monografías y en 691 los artículos dedicados al monarca macedonio y su obra,

<sup>3</sup> Sobre el Pseudo Calístenes véase SEIBERT, 219-27; GARCÍA GUAL, 9-28; GUZMÁN - GÓMEZ ESPELOSÍN, 239-44.

<sup>4</sup> Sobre la figura de Alejandro en época romana existe una amplia bibliografía. Para los trabajos anteriores a 1972 consúltese SEIBERT, 217-9. Para los estudios posteriores puede verse ISAGER. Una útil visión de conjunto en GUZMÁN - GÓMEZ ESPELOSÍN, 196-201.

<sup>5</sup> Entre los eruditos mencionados destaca FRANZ SCHACHERMEYR, cuyo *Indogermanen und Orient* data de 1944 (debe indicarse que en obras posteriores SCHACHERMEYR se retractó de las ideas allí defendidas); la nómina de especialistas en el mundo antiguo cuya interpretación de Alejandro está influida por ideas nacional-socialistas incluye a HELMUT BERVE y FRANZ ALTHEIM: véase BADIAN, 281-86.

<sup>6</sup> Cf. BADIAN, 287-90. Para una crítica de aquella concepción que presenta como premisa fundamental del mundo helenístico la fusión del helenismo con otras civilizaciones (una concepción que ya marcaba el libro de DROYSSEN) véase, por ejemplo, PRÉAUX [1978] 1984, cuya tercera parte, dedicada a la cultura helenística, se presenta bajo el subtítulo de "Crítica de la idea de la civilización mixta". Por otra parte, también ciertas líneas predilectas por la alejandrografía de los últimos años parecen traslucir la influencia de circunstancias políticas y movimientos ideológicos de la actualidad; así el interés por subrayar la continuidad entre el imperio Aqueménida y sus sucesores helenísticos puede considerarse como un reflejo de la mentalidad subsiguiente al proceso de descolonización desencadenado tras la Segunda Guerra Mundial: cf. CARLSEN, 47.

mientras que entre 1970 y 1990 la producción alejandrográfica se enriqueció con 20 biografías y 400 libros y artículos sobre temas diversos<sup>7</sup>.

No conocemos con exactitud las fechas de la biografía de Clitarco, pero las fuentes antiguas lo sitúan a finales del siglo IV y principios del III<sup>8</sup>. Hijo de Dinón, que compuso una *Historia de Persia* (Περσικά)<sup>9</sup>, y discípulo, según testimonio Diógenes Laercio (2.113 = *FGHist* 137 T3), de Aristóteles de Cirene y Estilpón de Mégara, parece haber desarrollado gran parte de su actividad en la Alejandría de los primeros Tolomeos. Es objeto de controversia si participó o no en la expedición de Alejandro<sup>10</sup>. Sea como fuere, su obra, en la que abundaban los elementos novelísticos y los recursos efectistas, recogía material procedente de testigos oculares; si se tiene en cuenta que dicho material, perdido hace mucho tiempo, tenía ya escasa difusión en la Antigüedad y que en cambio la obra de Clitarco fue muy leída y utilizada, se comprenderá la posición central que este autor ocupa en la literatura alejandrográfica. Clitarco representa, pues, una pieza fundamental para la tradición historiográfica concerniente a Alejandro, quien, a su vez, constituye uno de los paradigmas políticos y humanos más divulgados de la cultura grecolatina. De aquí la importancia del libro de Prandi (en adelante P), una importancia equiparable a su dificultad, pues los escasos restos que nos han llegado del historiador (14 testimonios, 36 fragmentos seguros y otros 16 dudosos en la edición de Jacoby) apenas autorizan conclusiones sólidas. Las postuladas por P pueden dividirse en dos apartados. El primero de ellos se refiere a la fortuna de Clitarco, es decir, a la difusión y la celebridad alcanzada por su obra. El segundo concierne a la realidad, a los rasgos que caracterizan y definen la composición.

A propósito de la fortuna, P hace afirmaciones de calado respecto a lo que, sin duda, constituye la más trascendente de las cuestiones relativas a la difusión y fama de Clitarco: su papel en la Vulgata.

Cuando se echa una ojeada a los textos sobre Alejandro que nos ha legado la Antigüedad salta a la vista una clara diferencia. Tenemos, por un

<sup>7</sup> Véase CARLSEN, 41. Debe advertirse que si bien la literatura académica sobre Alejandro sigue proliferando, desde el final de los años 50 la investigación tiende más al examen parcial y específico ("minimalist view") que a lo que BADIAN (p.300) llama "all-embracing interpretations".

<sup>8</sup> Véase especialmente *FGHist* 137 T4-F31.

<sup>9</sup> Los textos referidos a Dinón están recogidos por JACOBY, *FGHist* 690. Su obra, que alcanzaba al menos hasta el 343/2, fue considerada por los autores posteriores (entre otros Nepote, Trogo, Plinio, Plutarco) como fuente autorizada, junto a la de Ctesias, para la historia persa. La obra debió ser compuesta en tiempos de Alejandro, ya que son los últimos Περσικά en sentido genuino del término: cf. JACOBY 1921, 622.

<sup>10</sup> Véanse las referencias que suministra PRANDI, 69; añádase PEARSON 1960, 216, favorable a la no participación, y MONTGOMERY, 97, de la opinión contraria.

lado, restos de obras cuyos autores tomaron parte en las empresas del monarca y fueron, pues, testigos oculares de los hechos narrados. Destacan entre ellos los nombres de Onesícrito (*FGrHist* 134), timonel de la nave de Alejandro y subalmirante de la flota del Índico, Nearco (*FGrHist* 133), almirante en jefe de la flota del Índico, Tolomeo (*FGrHist* 138), fundador de la dinastía tolemaica, y Aristobulo (*FGrHist* 139), integrante del cuerpo técnico que acompañaba a la expedición. Tales relatos, generalmente obras de madurez, conforman —junto con otros testimonios, como las *Efemérides reales* (*FGrHist* 117)<sup>11</sup>— lo que se ha tenido por la versión oficial de los hechos. Se trata de historias tempranas, ya que su cronología oscila entre los años inmediatamente posteriores a la muerte de Alejandro (Onesícrito) y, aproximadamente, la penúltima década del siglo IV (Nearco), por un lado, y las dos primeras décadas del siguiente (Tolomeo y Aristobulo), por otro. A pesar de las notables diferencias internas que nos permite entrever la mezquina tradición fragmentaria (geotnográficos los dos primeros alejandrógrafos frente a las historias de orientación político-militar de Tolomeo y Aristobulo), todas ellas en general, y de forma especial las dos últimas, se consideran “historias oficiales”, debido a que ofrecen una visión favorable de Alejandro, centrada en la campaña y, al parecer, íntimamente conectada con actas, relaciones, informes y otros documentos militares y administrativos de la corte macedonia. Testigo de este sector de la tradición es Arriano, cuya *Anábasis de Alejandro* se basó fundamentalmente, según confesión propia (prefacio, 1), en Tolomeo y Aristobulo; Nearco, además, debió ser fuente importante (y única para los capítulos 18-43) del libro octavo, dedicado a la India, que cierra dicha composición.

Pero sobre la vida y hazañas de Alejandro Magno nos hablan, además de Arriano, otros autores grecolatinos de época imperial. Cronológicamente el primero de ellos es Diodoro de Sicilia (s. I a.C.), que consagra a este episodio de la historia griega el libro 17 de su *Biblioteca histórica*. A pesar de que entre Diodoro y Arriano hay evidentes puntos de contacto, lo verdaderamente llamativo salta a la vista cuando se coteja su versión con la que ofrecen otras fuentes posteriores al mismo Diodoro e igualmente alejadas de la “historia oficial”. Son éstas los libros 11 y 12, dedicados a Ale-

<sup>11</sup> De las *Efemérides* hablan Arriano *An.* 7.25 y Plutarco *Alex.* 76. DROYSEN (I 2.2, 383-4) interpretó por primera vez esta composición como un diario oficial de la corte macedonia, emitiendo así una teoría que fue elaborada y refinada por WILCKEN en 1894. Actualmente el valor de las *Efemérides* como fuente histórica ha sido muy rebajado, pues se ha llegado a ver en ellas un documento que cubría como mucho el último año de la vida de Alejandro e incluso una falsificación: cf. SEIBERT 5-6; BOSWORTH 1976, 4-5. Hay, sin embargo, distinguidos especialistas actuales que siguen creyendo en la autenticidad de las *Efemérides* y su valor como fuente histórica: véase GOUKOWSKY 1978, 199-200; HAMMOND, *passim*.

jandro, del epítome de Justino (s. II 6 III d. C.), epítome que, como se sabe, compendia las *Historias filípicas* compuestas por Pompeyo Trogo en época de Augusto; la *Historia de Alejandro* de Quinto Curcio (hacia el siglo II<sup>12</sup>), obra en 10 libros de los que hemos perdido los dos primeros; y el anónimo *Epitoma rerum gestarum Alexandri Magni et Liber de morte testamentoque eius* (= *Epítome de Metz*, ss. IV-V). Todos estos textos guardan entre sí y con el libro XVII de Diodoro fuertes similitudes, no sólo en lo tocante al contenido, sino también en lo que respecta al orden de exposición e incluso a los procedimientos expresivos. En todos ellos se reconoció, al menos desde el siglo XVIII, la presencia de una tradición distinta de la que opera en Arriano<sup>13</sup>. Fue C. Raun el primero en fundamentar y usar sistemáticamente el concepto de “Vulgata”, que ya con anterioridad se venía utilizando para designar dicha tradición<sup>14</sup>. El término, sancionado posteriormente por Schwartz (1901 y 1903) y Jacoby (1921), sirve, por tanto, como calificativo aplicable a todos aquellos autores y textos cuyo relato sobre Alejandro sugiere una filiación alternativa a la que se supone para Arriano, y de esta manera se habla de Diodoro, Justino o Curcio como de “autores de la Vulgata”. Debe especificarse además que la Vulgata salpica composiciones que no se inscriben propiamente entre sus descendientes, desde la *Vida de Alejandro* de Plutarco hasta la misma *Anábasis* de Arriano, quien, sin especificar su procedencia, consigna a veces contenidos o versiones procedentes de la tradición alternativa, dando cabida así a un conjunto de noticias que contrastan, complementan o sirven de variante al registro de la “historia oficial” (οἱ δὲ λέγουσι... es la fórmula utilizada comúnmente para introducir tales noticias, que por ello se conocen como τὰ λεγόμενα de Arriano). La Vulgata, por último, pasa por ser una de las fuentes de la *Vida y hazañas de Alejandro Magno*, cuya primera fase de elaboración (las cinco recensiones del texto griego que nos han llegado, divergentes entre sí, fueron elaboradas en época tardía) se puede situar en torno al 200 a. C.; y a través de las múltiples versiones de esta obra, de la que hay traducción a unas 35 lenguas, influyó en las numerosas composi-

<sup>12</sup> El mismo Curcio afirma (10.9.1-17) vivir en época imperial, y este es el único dato fiable sobre la cronología de su vida. Se han propuesto fechas que van desde Augusto a Constantino, pero la más aceptada lo sitúa en el siglo II. Véase el informe que ofrece PEJENAU, 1-29.

<sup>13</sup> Ya en 1775 el barón G. DE SAINTE-CROIX (*Examen critique des anciens historiens d'Alexandre le Grande*, París 1775 [2ª ed. en 1810], 22ss.; 35ss.) puso de relieve las diferencias existentes entre la tradición recogida por Arriano y la que reflejan Diodoro y Curcio: véase BOSWORTH 1976, 2.

<sup>14</sup> Sobre el uso anterior del término “Vulgata” consúltese JACOBY 1921, 630.

ciones que, hasta época medieval e incluso después, tomaron como tema la leyenda de Alejandro<sup>15</sup>.

Los primeros estudios sobre los historiadores de Alejandro establecieron un fuerte contraste entre la Vulgata y Arriano. El carácter novelesco, el gusto por los acentos dramáticos y por la viveza en la expresión, se perciben fácilmente en los autores de la Vulgata, y ello marca una nítida oposición con la sequedad y el factualismo que domina en Arriano. Las características literarias de este último se interpretaron como un reflejo o una contaminación de sus fuentes, que brindarían una narración basada en actas, archivos y relaciones oficiales o semioficiales. La *Anábasis* representaría así el documento más fiable, e incluso el único enteramente fiable, para la historia de Alejandro. Actualmente esta opinión ha sido muy matizada. En primer lugar el prestigio de los documentos oficiales, y sobre todo la idea de que su contenido debe prevalecer sobre noticias de otra procedencia, se ha puesto en entredicho. Es además muy poco probable que el material archivístico recogiese todos los aspectos del reinado de Alejandro que trata Arriano. Dicho material, por otra parte, nutre también determinados contenidos de la Vulgata, que a veces sólo corroboran, pero en otros casos completan o mejoran el relato de la *Anábasis*, ocasionalmente inconsistente o aquejado de deformaciones ideológicas. Y en cuanto al factualismo y la sequedad estilística, difícilmente pueden interpretarse como una contaminación de las fuentes, ya que otras composiciones de Arriano muestran los mismos atributos literarios<sup>16</sup>. Hecha esta salvedad, resulta enteramente cierto que los textos integrantes de la Vulgata tienen características propias —propensión a lo fabuloso y sensacionalista, apertura a noticias no estrictamente relacionadas con la expedición o los cuarteles macedonios, talante menos elogioso tanto respecto a la campaña como respecto a Alejandro, concesiones al detalle pintoresco o exótico— y, en tal sentido, conforman una tradición historiográfica paralela y en ocasiones rival de la recogida en la *Anábasis* de Arriano. Se supone que la fuente de la Vulgata está en una composición helenística basada en relatos de testigos presenciales e incluso en documentos oficiales; su autor, sin embargo habría incluido noticias fantásticas y conformado artísticamente su relato hasta conseguir una composición de

<sup>15</sup> Cf. SEIBERT, 219-22.

<sup>16</sup> Sobre todo esto léase BOSWORTH 1976. En la rehabilitación actual del valor historiográfico de la Vulgata ocupa una posición destacada BADIAN, cuyas publicaciones sobre el tema comenzaron a aparecer al final de los cincuenta; un breve pero útil sumario sobre la cuestión ofrece ELLIS, 17-20. WELLES lleva la reivindicación de la tradición ajena a Arriano hasta el punto de valorar por encima de este, al menos en la noticia que trata su atículo, las informaciones que brinda el Pseudo-Calístenes.

perfiles épicos y dramáticos, muy alejada del carácter pragmático presumible en la "historia oficial". Ya en el siglo XVIII se vio en Clitarco el autor de esta composición. La hipótesis, avalada por la enorme difusión que encontró la obra del historiador alejandrino<sup>17</sup> y defendida con vehemencia por Schwartz y Jacoby, dista de haber sido aceptada universalmente; los estudiosos que la aceptan, por otra parte, se adhieren a versiones muy distintas<sup>18</sup>. Pero el nombre de Clitarco resulta insoslayable en cualquier tratamiento de la Vulgata.

El que hace P se inicia de manera cautelosa, con una afirmación difícilmente refutable: el examen de fragmentos clitarqueos —fragmentos, recordemos, escasos y de pobre contenido— tan sólo no excluye el conocimiento de Clitarco por parte de Diodoro, Trogo/Justino y Curcio. P, sin embargo, intenta establecer por otro camino la conexión entre los autores de Vulgata y su presunto iniciador. Efectivamente, el estudio de los transmisores, es decir, de los escritores que nos transmiten los fragmentos clitarqueos, permite concretar los siglos I antes y después de Cristo como momento decisivo para la fortuna del historiador. Durante estos siglos su obra se difunde en Roma gracias a una serie de intelectuales griegos que vivían en la capital romana, pero procedían de Alejandría y compartían nexos ideológicos y literarios, entre los cuales se contaba el de considerar a Clitarco como el alejandrógrafo por excelencia. Pues bien, el texto de Diodoro delata afinidades y contactos con tales círculos, y por ello resulta problemático negar que la parte de la *Biblioteca histórica* dedicada a Alejandro prescindiese de quien constituía, en los círculos en cuestión, el punto de referencia para la historia del monarca macedonio, es decir, Clitarco. Según P (p. 86), cabe incluso afirmar que o Diodoro no utilizó ningún alejandrógrafo o utilizó a Clitarco. Garantizada así la conexión entre el libro 17 y los fragmentos de Clitarco, P procede a comparar ambos textos. Y ello, a su vez, le permite deducir que el libro 17 recurre a dos fuentes: una, centrada principalmente en la expedición de Alejandro, sería Clitarco; la otra estaría tras los pasajes referidos a los asuntos griegos y procedería, consecuentemente, de una historia general helénica cuyo autor cabe identificar como Duris de Samos. Ningún aspecto de esta suposición es nuevo: la presencia de dos fuentes, la de una historia general, el nombre mismo de Duris son, desde el siglo pasado, temas

<sup>17</sup> La popularidad de Clitarco viene señalada por el hecho de que su nombre aparece casi siempre citado sin ninguna indicación que lo identifique: se trata de Clitarco, el conocido historiador (cf. JACOBY 1921, 622).

<sup>18</sup> Una exposición de las teorías clásicas sobre el origen de la vulgata y la participación que en ella tuvo Clitarco en SEIBERT, 25-29; 31-34.

recurrentes en los estudios sobre el libro 17<sup>19</sup>. Tampoco son inéditas las hipótesis que alumbró P al elucidar la presencia de Clitarco en Curcio y Justino<sup>20</sup>. Entre Diodoro, Curcio y Justino existen diferencias que no pueden explicarse, según la autora, recurriendo a la distinta manera de epitomizar un mismo relato. Por ello, es presumible, junto a una dependencia directa de Clitarco en los capítulos de Diodoro no derivables de Duris, una situación bastante más compleja tanto en el caso de Curcio como en el de Justino. Curcio debió utilizar directamente a Clitarco en determinadas partes; en otras, el historiador alejandrino estaría presente a través de una primera composición, que sería el autor usado por Trogo (posiblemente Timágenes), y a través de una segunda que sería Trogo mismo. En cuanto a Trogo/Justino, resulta innegable la presencia de Timágenes. No obstante, y según se deduce del prefacio, Trogo se proponía, no tanto yuxtaponer sus fuentes, cuanto reordenar la materia tratada en ellas adaptándola a la economía diacrónica y sincrónica de una historia universal; si se añade que las tradiciones sobre Alejandro podrían haberle llegado de forma muy variable resulta evidente la complejidad de situaciones a las que responde el texto de Justino, una complejidad que dificulta cualquier afirmación precisa sobre sus fuentes.

P concluye, en suma, que existen impedimentos para ver en Clitarco la fuente común de Diodoro, Curcio y Trogo/Justino; que atribuir a Clitarco el papel de fuente única de Diodoro es igualmente dudoso; y que entre Clitarco de un lado y del otro Curcio y Trogo/Justino se interponen mediadores, destacando especialmente el nombre de Timágenes. Así, la mezcla de fuentes en el caso de Diodoro, la proliferación de mediadores y la complejidad misma de la situación en el de Curcio y de Justino, deslegitiman los intentos de reconstruir el texto de Clitarco a partir, ya básicamente de Diodoro, ya de la coincidencia entre los tres autores. Con ello queda en entredicho el concepto mismo de Vulgata como texto que, dependiente en lo esencial de Clitarco, sería reconstruible mediante recurso a los relatos conservados en autores posteriores, un procedimiento seguido, entre muchos otros, por Jacoby en su conocido artículo de 1921 sobre Clitarco.

<sup>19</sup> Un estado de la cuestión hasta 1972 en SEIBERT, 25-29. La idea de que la segunda fuente de Diodoro contendría información procedente de soldados que tomaron parte en la expedición, idea que P entreteje con la identificación de Duris como el autor de esta segunda fuente, fue asimismo formulada ya en el siglo XIX: cf. PEARSON 1960, 78-82; SEIBERT 10-11 y 26-28 (teoría de la "Söldnerquelle").

<sup>20</sup> Los precedentes a las afirmaciones que hace P en sobre Curcio y Justino pueden verse en SEIBERT, 31-34 y 40-41.

Al tratar la realidad, esto es, los rasgos que definen su figura como historiador, P destaca la posición especial que ocupa Clitarco en la alejandrogografía: sin participar probablemente en la expedición, recoge material procedente de informaciones oculares y de las relaciones oficiales; y siendo quizás el más conocido de los alejandrógrafos de la primera hornada, es enjuiciado por los críticos antiguos de acuerdo con el ambivalente dictamen que sintetiza Quintiliano 10.1.7-4: *Clitarchi probatur ingenium, fides infamatur*. Admiración, pues, —o al menos reconocimiento de notoriedad— por razones formales, pero minusvaloración en lo tocante al contenido. En su obra destacaba, en primer lugar, la apertura a contenidos geoetnográficos. Los referidos a la India —que Clitarco pudo tomar de Nearco y, en menor medida, de Onesícrato— fueron especialmente leídos y celebrados, pues un tercio de sus fragmentos tiene como materia la geoetnografía india; el tono de las citas, además, indica aceptación y respeto, y ello sugiere que nuestro autor pasó por una autoridad en este campo. P supone, incluso, que a partir de determinado momento circuló con vida autónoma una sección de la obra de Clitarco integrada por las noticias indias y destinada a lograr cierta credibilidad. El espacio concedido a informaciones geoetnográficas marca una coincidencia con las composiciones de otros alejandrógrafos e incluye una especial atención a los contenidos sorprendentes o inéditos, característica que venía dada por el exotismo en sí de la expedición y que, consiguientemente, afecta a la mayor parte de la literatura alejandrográfica; el tan comentado sensacionalismo de Clitarco no es, por tanto, un rasgo diferenciador, y el excesivo énfasis que en él hacen los estudios modernos induce a una visión deformada. Es, en cambio, específica de Clitarco la simpatía hacia las tradiciones recientes y la consiguiente aceptación de esquemas, cronologías y versiones divergentes de las consagradas: así el fragmento 7 indica una datación de la expedición de Alejandro conforme a los principios cronológicos establecidos por Timeo de Tauromenio; los fragmentos 2 y 10, que tratan sobre el Próximo Oriente, divergen de las noticias que sobre el mismo tema había ofrecido Ctesias; y los fragmentos 33 y 34 contienen afirmaciones sobre la biografía de Temístocles distintas de las predominantes en el siglo V. Aunque tampoco cabe ver en ello los efectos de una escritura volcada al sensacionalismo, las tradiciones que favorece Clitarco tienen frecuentemente carácter más popular y menos culto; y así cabe conectar este rasgo con aquel otro que la crítica reconoció hace ya tiempo: la inclinación hacia versiones no oficiales e informaciones marcadas por lo que P llama (p. 101) "l'intento di svelare un retroscena". P postula, además, como característica clave de la obra de Clitarco la ausencia de empeños políticos e ideológicos, afirmación esta que abre la puerta a cuestiones de cierta dimensión respecto a la Vulgata.

El Alejandro de la Vulgata, y especialmente el de Curcio y Trogo/Justino, obedece a un diseño complejo. La mezcla de trazos favorables y adversos hace que su retrato no responda ni a criterios morales simples ni a un patrón ideológico definido. Los estudios decimonónicos y de principios del siglo XX vieron tanta complejidad como incoherencia y para explicarla acudieron a un recurso acorde a los parámetros filológicos de la *Quellenforschung*; el de la presencia de dos o más fuentes de tendencias opuestas. Se trataba, básicamente, de retrotraer los rasgos positivos a una fuente promacedonia y propicia a Alejandro, los negativos a un autor crítico y hostil; y aunque dentro de este esquema básico caben numerosas variantes, Clitarco es el nombre más citado como responsable de la visión positiva, mientras que al elucidar la procedencia de la óptica denigratoria se menciona con cierta insistencia la figura de Timágenes<sup>21</sup>.

Timágenes (*FGrHist* 88), natural de Alejandría, llega a Roma en el año 55 a.C. como prisionero. Protagonista de una carrera ascendente, logró cierta influencia en los círculos de poder e incluso llegó a ganar el favor de Augusto, pero posteriormente disgustó al príncipe y cayó en desgracia. De su obra, titulada, según Esteban de Bizancio (F1), *Los reyes* o *Sobre los reyes* y citada por los transmisores latinos bajo la denominación genérica de *historiae*, sabemos muy poco. La edición de Jacoby rescata, junto a 11 testimonios, 12 fragmentos, uno más espurio y otros dos incluidos como apéndice. De los testimonios 2 y 3 (= Séneca, *Con.* 10.5.21-22; *Dial.* 3.23.4-8) parece deducirse que en el proceso de redacción de su historia hubo dos etapas, la primera coincidente con el momento en que su autor gozaba de la simpatía de Augusto, la segunda con el de su caída en desgracia. Durante la primera etapa, Timágenes habría incluido las empresas de Augusto, pero en la segunda destruyó en venganza dicho material. La biografía de Timágenes, su incontinencia verbal y carácter ácido —rasgos de los que nos informan el mencionado testimonio 2 y el 1 (= Suda s.v. Τιμαγένη)—, así como el antirromanismo que se ha querido detectar en su obra<sup>22</sup> le han granjeado reputación de autor inconformista, desmitificador del poder y propenso a desvelar las miserias de las grandes figuras; y de aquí que se haya visto en él la fuente de los rasgos que enturbian al Alejandro de la Vulgata. Las razones para atribuir el papel contrario a Clitarco parecen, en principio, claras: puesto que desarrolló su obra en Alejan-

<sup>21</sup> Sobre el retrato doble de Alejandro como producto de una mezcla de fuentes véanse las referencias bibliográficas que ofrece SEIBERT, 28, 31-34; 40-41.

<sup>22</sup> El antirromanismo de Timágenes, enunciado ya en 1824 por G. SCHWAB (*De Livio et Timagene*), fue matizado por LAQUEUR en 1936 (col. 1070); una discusión reciente de este punto, así como de la figura global de Timágenes en SORDI 1982.

dría, debía estar bajo el patronazgo de los Tolomeos, y puesto que Tolomeo I legitimaba su ocupación del trono egipcio invocando la figura de Alejandro<sup>23</sup>, la descripción encomiástica del monarca macedonio constituye un rasgo presumible para una composición escrita en tales circunstancias.

Debe decirse que este planteamiento, excesivamente simplista, encontró objeciones desde antiguo, pues ya Schwartz retrotrajo a una fase bastante anterior a Timágenes las dualidades operantes en el Alejandro de la Vulgata<sup>24</sup>. No obstante, la visión de Clitarco como historiador cortesano, dependiente de Tolomeo y políticamente subordinado a los intereses del soberano lágida ha resistido el paso del tiempo<sup>25</sup>. Tal visión ha servido, incluso, como referente cronológico. Las fechas de Clitarco han sido muy discutidas. Dejando aparte propuestas excéntricas, como las que lo sitúan en el siglo I a. C., la datación de su obra oscila entre una cronología alta —en torno al 310— y una baja —hacia el 260<sup>26</sup>—. Para la elucidación de este punto, la relación con Tolomeo ha sido considerada un dato fundamental. Tolomeo, como es sabido, publicó también una historia de Alejandro; y entre los fragmentos de su obra y los de Clitarco se registran discordancias. Dada la posición de dependencia de este último, debe suponerse que fue el monarca quien “corrigió” a su historiador, y no al revés: por tanto, la publicación de la obra de Tolomeo, que murió en el 283, marca el término *ante quem* para la de Clitarco.

La fecha de publicación de la obra de Tolomeo está sujeta a controversia<sup>27</sup>. Es esta una de las razones que P aduce contra los intentos de datar, a partir de dicha fecha, la obra de Clitarco. Pero la autora, que invoca como precedente de su postura los nombres de Pearson (1960, p.168) y Meister (p.143), aporta además argumentos de otra índole. En su opinión, la imagen de un Clitarco filotolemaico tiene tan poca consistencia como la

<sup>23</sup> Sobre este punto véase especialmente GOUKOWSKY 1978, 131-5.

<sup>24</sup> SCHWARTZ 1901, 1878-79; 1887-90. La teoría de SCHWARTZ encaja dentro de la visión para la cual el Alejandro de la Vulgata muestra la impronta de los muchos ejercicios que se dedicaron al monarca macedonio en las escuelas de retórica desde los inicios de la época helenística: véanse los datos y bibliografía que proporciona sobre el tema RUFUS FEARS, 128-129.

<sup>25</sup> Para una descripción del Clitarco cortesano y apologista de Tolomeo véase, por ejemplo, JACOBY 1921, 622-3; la misma imagen, aunque más elaborada, aparece en GOUKOWSKY 1978, 136-41; 149-55 (que ve en Clitarco un verdadero ideólogo, el creador de una imagen de Alejandro y su empresa militar tendentes a apoyar las pretensiones de los soberanos del Egipto helenístico). Véanse también las referencias bibliográficas que ofrece P, 79.

<sup>26</sup> Referencias bibliográficas en SEIBERT, 17-18; también GOUKOWSKY 1976, XX-XXI.

<sup>27</sup> Véase discusión de este punto en GOUKOWSKY 1978, 142-3 y, más recientemente, en ELLIS, 20-22.

del Clitarco ideólogo o embarcado en empresas de legitimación política. Y las palpables divergencias entre Clitarco y Tolomeo delatan sólo la autonomía del primero respecto al segundo. En lo relativo al retrato doble de Alejandro y a las propuestas de presentar a Clitarco como fuente de los rasgos positivos, la información disponible sólo permite conjeturar que en este historiador el monarca no aparecía pintado con tonos hagiográficos o sobrehumanos. Desde este planteamiento, los intentos de establecer una cronología relativa acudiendo a la obra de Tolomeo carecen de sentido. P admite, sin embargo, que Clitarco empleó las obras de Onesícrito, Nearco y Policlito, que deben fecharse a finales del siglo IV y marcan el término *post quem*, y que en cambio no consultó la de Patrocles, cuyas noticias sobre el Caspio le habrían sido de gran utilidad: publicado hacia el 280, el *Periplo del Caspio* de Patrocles (*FGrHist* 712), constituye el término *ante quem* para la del historiador alejandrino.

En el capítulo final, dedicado a las conclusiones, P asevera (p. 155) haber plegado su estudio a dos criterios fundamentales, el de utilizar en primera instancia, sólo y exclusivamente, aquellas citas que contienen el nombre de Clitarco, es decir, los fragmentos, y el de valorar escrupulosamente la actitud del transmisor del fragmento hacia la obra del autor transmitido. El segundo criterio pretende pertrechar el trabajo con las garantías resultantes de una visión crítica del material que constituye el punto de partida; para ello se estudia la difusión que alcanzó en la Antigüedad la obra de Clitarco, así como las valoraciones a que fue sometida. Casi todas las afirmaciones que se hacen al respecto dependen del capítulo primero ("Analisi degli autori che citano Clitarco", pp. 14-52), donde P somete cada uno de los fragmentos a una encuesta centrada básicamente en dos cuestiones: a) cuál es el juicio sobre el historiador que, explícita o implícitamente, opera tras cada cita; b) si la cita en cuestión acredita un conocimiento directo y de primera mano de la obra citada o se debe suponer que el autor del fragmento conoce a Clitarco sólo de manera indirecta y mediada.

Respecto al primer criterio, el de tomar como punto de partida solamente el material fragmentario, debe entenderse como un planteamiento de trabajo que implica, no rechazo total de las fuentes secundarias, sino intento de controlar la validez de dichas fuentes; y es importante añadir que sólo a veces intervienen los fragmentos como mecanismo de validación. Ello ocurre, por ejemplo, con el relato de la revuelta y saco de Tebas por las tropas de Alejandro en el año 335 (pp.40-45; 90). Al episodio, narrado por Diodoro 17.8.2-14.4, alude el fragmento 1 de Clitarco que transmite Ateneo 148 d-f. Dicho fragmento ofrece una visión poco lisonjera de los tebanos en el momento de su tragedia; Diodoro, en cambio, enfatiza el

heroísmo tebano y describe desde un ángulo negativo la conducta de las tropas macedonias. Consecuentemente, en esta parte de su obra Diodoro no seguía a Clitarco, sino a su segunda fuente, Duris. En otras ocasiones P recurre exclusivamente a la comparación entre textos procedentes de la Vulgata y tal comparación le lleva a desmontar la idea de que Clitarco fuese la fuente común de los pasajes en cuestión. Así la guerra de Agis (pp.130-33) —esto es, el conflicto que en el año 331 enfrentó al rey espartano Agis y sus aliados con el gobernador macedonio de Grecia, Antípatro— está recogida en Diodoro 17.62 y 63 y en Curcio 4.1.38-39 y 6.1-31. Sin embargo, entre ambos textos existen importantes diferencias, pues en Diodoro la perspectiva es helénica o helénico-persa y la inserción de las noticias acentúa la pendularidad entre Asia y Europa, mientras que Curcio adopta el punto de vista macedonio y articula su narración como un continuo sin pendularidades. Diodoro, por tanto, sigue aquí su fuente general de historia helénica, es decir, Duris. En el caso de Curcio, P utiliza este pasaje y otros más del mismo autor para, tras cotejarlos con las exposiciones pertinentes de Trogo/Justino y Diodoro, aventurar su hipótesis de una "dependencia mixta": Curcio pudo depender sólo indirectamente de Clitarco, que le llegaría en parte a través de Trogo, en parte a través del autor utilizado por Trogo, que es tal vez Timágenes. Ello, además, con la excepción de las noticias indias, que tomaría directamente de la parte de la obra clitarquea que circulaba autónomamente como *Indiké*. Por último hay ocasiones en que las fuentes secundarias se usan para depurar el contenido de un fragmento determinando. Es el caso del fragmento 24, un texto de Curcio (9.5.21) que continúa en el testimonio 8 y al que P dedica un prolijo examen (pp. 22-29); tanto por la importancia en sí del tema, como por su capacidad para revelar el método de P, merece la pena exponer dicho examen con cierto detenimiento.

El texto en cuestión se refiere a los sucesos que tuvieron lugar entre finales del 326 y comienzos del 325. Después de la victoria sobre el rey Porro junto al Hidaspes (actual Jelum), en el alto Punjab, y tras una serie de intentos por controlar la zona, Alejandro se detiene ante el río Hífasis (act. Beas), en cuyo curso establece el límite oriental de su imperio. A continuación vuelve al Hidaspes e inicia el descenso al sur, primera fase de su retirada. Fue en esta primera fase, antes de llegar a Pátala (act. Tatta, en el delta del Indo), cuando tiene lugar el enfrentamiento con los oxídracas (sudracas en Curcio) y sus aliados los malos. Durante el asalto a una plaza fuerte donde se habían refugiado los malos, Alejandro cae gravemente herido. Pues bien, el texto dice así:



*Ptolomaeum, qui postea regnavit, huic pugnae adfuisse auctor est Clitarchus et Timagenes; sed ipse, scilicet gloriae suae non refragatus, afuisse se missum in expeditionem memoriae tradidit. Tanta componentium vetusta rerum monumenta vel securitas vel, par huic vitium, credulitas fuit.*

“Clitarco y Timágenes informan de que Tolomeo, que después llegó a ser rey, tomó parte en esta batalla; pero el mismo Tolomeo, que indudablemente no iba a oponerse a su propia gloria, dejó constancia de que no estuvo presente por haber sido enviado a una expedición: ¡tan grande fue la despreocupación —o lo que es un defecto tan grave como éste— la credulidad de los que recogieron los documentos de la historia antigua!” (traducción de F. Penjante).

Si bien el texto se limita a mencionar la hipotética presencia de Tolomeo en el asalto, y aunque ni siquiera le atribuye un papel decisivo en el salvamento de Alejandro, la cuestión más importante que con él conectan los modernos, hace notar P, es la del origen del epíteto *Salvador* (Σωτήρ) que portaría más adelante el fundador de la dinastía lágida. Arriano 6.11.3 y 8 menciona el mismo episodio y combate lo que califica como el mayor deslíz (πλημμέλημα) de los historiadores de Alejandro, la afirmación de que Tolomeo cubrió al monarca cuando yacía herido y por ello recibió el título de “Soter”. Según Pausanias 1.6.1 (P remite erróneamente a 1.6.2), los macedonios creían que Tolomeo era en realidad hijo de Filipo y que en el país de los oxídracas se había distinguido en la defensa de Alejandro. El pasaje, afirma P, no habla del apelativo “Soter”, pero da la impresión de que su fuente establecía una conexión entre dicha defensa y el apelativo en cuestión, y consecuentemente Pausanias debe depender aquí de los historiadores criticados por Arriano. Para la determinación de dichos historiadores cabe tener en cuenta los siguientes puntos: a) La noticia de Pausanias está inserta en un desarrollo al que da lugar la exposición sobre las estatuas levantadas en Atenas en honor de los epónimos de las diez tribus, pues dicha exposición, a su vez, da lugar al comentario de que en época helenística se añadieron dos tribus más, cuyos epónimos fueron Átalo y Tolomeo; la noticia en cuestión, por tanto, se halla incluida en un excursus referido a ambos reinos y cuyas afirmaciones afectan a los dos. b) En 1.6.1 y 1.9.3 se expresa Pausanias de la siguiente manera: “Pero los hechos de Átalo y Tolomeo son de época sumamente antigua, de suerte que ni su recuerdo permanece. Y los que por ser contemporáneos a dichos reyes pudieron ponerlos por escrito (οἱ συγγενόμενοι τοῖς βασιλεῦσιν ἐπὶ συγγραφῇ),

cayeron aun antes que los mismos hechos en el olvido. Por esto me vino la idea de manifestar todas las hazañas que hicieron y cómo a sus padres les vino Egipto, el dominio de Misia y de los pueblos vecinos. [...] Después de los egipcios se encuentran Filipo y Alejandro, hijo de Filipo; lo que a éstos concierne tiene dimensiones demasiado grandes para ser incluido como digresión en un texto ajeno (ἢ ἄλλου πάρεργα εἶναι λόγου)”. De ambos pasajes deduce P, en primer lugar, que Pausanias pretendía ofrecer una noticia sumaria de la génesis y el final de una y otra dinastía; y en segundo lugar que entre sus fuentes directas no se encontraba ningún alejandrógrafo. c) En el relato del salvamento de Alejandro lo que está en el centro de la atención no es el monarca mismo, sino su salvador. Estos tres puntos apuntan como fuente a una obra cuyas características se pliegan al *Sobre los reyes* de Timágenes y, consecuentemente, éste debe ser fuente de Pausanias 1.6.2 y, asimismo, debe figurar entre los autores a que se refiere Arriano 6.11.3 y 8. Ahora bien, ya que el texto de Curcio menciona a Clitarco y a Timágenes, cabe preguntar si fue del primero de donde tomó el segundo la noticia que sitúa en el enfrentamiento con los oxídracas el nacimiento del epíteto “Soter”. Contra ello habla la noticia que ofrece el mismo Pausanias 1.8.6, de acuerdo con la cual el epíteto lo recibió Tolomeo de los rodios. La historiografía moderna, comenta P, acepta esta afirmación y supone que el título tiene su origen en el asedio a Rodas por Demetrio Poliorcetes en el 305/304: la ayuda prestada a los isleños por el monarca egipcio motivó que aquellos le otorgasen el apelativo de *Salvador*. Si Clitarco escribió poco después de la muerte de Alejandro, el asedio de Rodas no se había producido y aun no había nacido dicho apelativo; y si escribió poco después del asedio, el origen del epíteto era demasiado conocido y reciente como para retrotraerlo con verosimilitud al asalto contra la ciudad de los malos y oxídracas. Por tanto, Timágenes debió tomar de Clitarco sólo el salvamento de Alejandro por Tolomeo durante dicho asalto y el mismo Timágenes debió ser quien hizo nacer de este episodio el título tolemaico de “Soter”.

Como puede verse por el ejemplo aducido, el libro de P resulta a veces laberíntico y difícil de seguir. Y frecuentemente el carácter contorsionado de la exposición no hace sino reflejar entuertos metodológicos. El método es, efectivamente, el aspecto más vulnerable del estudio de P. En términos generales, su debilidad podría enunciarse de la siguiente manera: al interpretar las divergencias entre dos o más textos como síntoma de un cambio de fuentes, la autora recae en los errores propios de la filología abocada a la búsqueda de fuentes; ésta, la *Quellenforschung*, intentaba explicar las tensiones textuales mediante la aducción de factores extratextuales, esto es, la presencia de un autor que informa de manera oculta el texto y del



que generalmente lo desconocemos casi todo. P procede de la misma manera, con la única diferencia de que a menudo aduce como principio informador del texto no un autor desconocido, sino un mediador desconocido. El resultado en uno y otro caso es la elaboración de hipótesis que no pueden ni probarse ni refutarse: hipótesis, en consecuencia, tan gratuitas como incontrolables.

En reseña aparecida en la revista electrónica *Histos*, Bosworth (1997) ha puesto de manifiesto las insuficiencias que comentamos. A propósito de la confrontación entre los fragmentos de Clitarco y el libro 17 de Diodoro, de las contradicciones que P detecta entre los unos y el otro y de su conclusión sobre las dos fuentes del libro 17, hace Bosworth el siguiente comentario: P desarrolla aquí lo que cabría llamar una "vía negativa", procedimiento que suscita serias dudas. La obra de Clitarco comprendía al menos doce libros, de tal manera que Diodoro debió utilizar sólo una parte del material clitarqueo, y esa parte puede haber sufrido una drástica contracción; las distorsiones que de ello derivan pueden ser responsables de las contradicciones, que no son contradicciones de hecho, sino omisiones de detalles supuestamente relevantes, señaladas por P. Como apoyo de su observación Bosworth aduce los relatos sobre la revuelta de los mercenarios contra Cartago (entre el 241 y el 238) que ofrecen Polibio (1.65-88) y Diodoro (en distintos pasajes del libro 25). Resulta indudable que Diodoro depende aquí de Polibio; sin embargo, su exposición altera el texto polibiano de tal manera que, si se aplicaran los criterios de P, debería deducirse que su fuente es otra.

La abreviación no es la única causa de las distorsiones que un texto secundario puede introducir en su fuente. Otro factor es el que Gray (1987) llama "fictitious conventionalising of the facts". El relato que ofrece Diodoro sobre el final de la guerra del Peloponeso depende de Éforo, quien a su vez es deudor de las *Helénicas de Oxirrinco*. Sin embargo, entre la versión que ofrecen Diodoro 13.71 y las *Helénicas de Oxirrinco* 8 [Chambers] de la batalla naval de Notio, en el 306, existen diferencias sustanciales. Gray ha observado que tanto en la descripción de esta batalla como en la de Egospótamos (13.106), la exposición de Diodoro se ajusta a un programa articulado en cuatro puntos: 1) el comandante de una de las flotas recibe información de los desertores; 2) el comandante concibe un plan de ataque; 3) derrota de una avanzadilla de la flota contraria; 4) el resto de la avanzadilla huye hacia el grueso de su flota, que se lanza a una contraofensiva en la que es derrotada. Diodoro, pues, describe la batalla de Notio ajustándose a un esquema predeterminado, y es la obediencia a este esquema lo que motiva las contradicciones entre su descripción y la de su fuente última, las *Helénicas de Oxirrinco*.

Las variaciones entre un texto primario y su derivado pueden deberse, por tanto, a diversos factores operantes en el texto derivado, y por ello el recurso constante al cambio de fuente (o de intermediarios) supone un abuso metodológico. Idéntico abuso se constata en los intentos que lleva a cabo P para negar la presencia de Clitarco tras dos o más textos paralelos pero con variantes de la Vulgata. Intereses particulares de los transmisores, diferencias en los procedimientos epitomizadores, el sesgo impreso por empeños ideológicos diversos o preceptivas literarias discordantes pueden hacer, también aquí, que los textos derivados sufran tensiones que inducen engañosamente a negar su procedencia común. Resulta ilustrativa al respecto la comparación de los fragmentos de Nicolás de Damasco (*FGrHist* 90) —nacido en la década de los sesenta del siglo I a. C. y autor de una historia universal en 144 libros— con los pasajes paralelos de Diodoro. Un caso extremo representa la versión que ambos ofrecen de la enemistad entre el persa Parsondes y el rey medo Arteo. Las dos versiones tienen como fuente, con bastante probabilidad, a Ctesias, pero mientras Nicolás (F4) ofrece una pormenorizada y rocambolesca narración que ocupa algo más de 4 páginas en la edición de Jacoby, Diodoro (2.33.1-2) despacha el asunto en unas pocas líneas. Menos llamativa, pero quizás más expresiva, es la comparación entre el fragmento 5 de Nicolás y Diodoro 25.34.3-6, pasajes ambos referidos a la reina de los sacas Zarinea (Zarina en Diodoro) y basados también en Ctesias. Diodoro ofrece una breve reseña de su reinado con el interés dirigido ante todo hacia las virtudes marciales de Zarinea y hacia los beneficios que trajo a su pueblo; Nicolás la hace protagonista de una novelesca y trágica historia de amor. Ambos textos adoptan, pues, perspectivas distintas y se focalizan en torno a cuestiones diferentes, a pesar de lo cual proceden de la misma fuente<sup>28</sup>.

El recurso continuo a factores extratextuales arrastra una consecuencia adicional. Pues si cualquier contorsión del texto tiende a explicarse a partir de un cambio de fuente, de manera inversa, para que dicha explicación no sea necesaria, el texto analizado tendría que presentar una coherencia y ausencia de movimiento realmente difíciles de detectar en pasajes elaborados literariamente. Para suplir tal dificultad la autora es propensa a una interpretación rígida y unilateral de fragmentos y fuentes secundarias, de los que hace desaparecer no ya las contradicciones, sino cualquier elemento que complique la uniformidad o cree turbulencias. Así ocurre con su lectura de Diodoro 17.8.2-14.4 y Clitarco, fragmento 1 (= Ateneo 148 d-f),

<sup>28</sup> Sobre la técnica expositiva de Nicolás y su relación con las fuentes consúltense TOHER. Acerca de la relación de Nicolás con Diodoro, véanse las observaciones, comentarios y referencias bibliográficas que ofrece CHÁVEZ, 274-77.

sobre la revuelta y destrucción de Tebas. Diodoro, ciertamente, insiste en el heroísmo tebano, pero ello, frente a lo que afirma P, no va acompañado de una tendencia protebana. Ya Jacoby (1921, 633-35) observó que en el pasaje opera una actitud que, si recalca la valentía de los tebanos, también pone de relieve su inflexibilidad, precipitación y falta de prudencia, al tiempo que, en gran medida, exculpa a Alejandro del desenlace fatal. Frente a la interpretación plana y monolítica de P (heroísmo tebano y consecuente visión negativa del rival macedonio), Diodoro ofrece un relato vivificado por contraposiciones y tensiones valorativas. P afirma, por otra parte, que la tradición suele subrayar, a propósito del episodio, la grandeza de Tebas. No es exactamente así. El motivo alejandrográfico más tocado por Polibio es justamente la destrucción de Tebas, que su obra menciona en cinco ocasiones; tres de ellas (4.23.8; 5.10.6-8; 9.34.1) ofrecen una visión ambigua del suceso, mientras que en otras dos (9.28.8; 38.2.13-3.1) prevalece la condena de la actuación macedonia. La obra de Polibio, por tanto, parece atestiguar una consideración ambivalente de la destrucción de Tebas, precisamente el tipo de enjuiciamiento que guarda consonancia con los contrastes valorativos del relato de Diodoro. En el fragmento I de Clitarco, además, Ateneo comenta la rusticidad de las comidas tebanas y alude al medismo de la ciudad durante las guerras persas; P deduce de aquí una orientación antitebana. No cabe duda de que el pasaje está informado por el antitebanismo reflejado ya en el "cerda beocia" de Píndaro (*Olímpicas* 6.90) y recogido en numerosos autores, tanto del siglo IV como posteriores<sup>29</sup>. Ahora bien, tales noticias unen frecuentemente a la zafiedad y rudeza típicas del carácter tebano los atributos de valentía y una especie de audacia montaraz. Se conforma así una idiosincrasia en la que se conjugan los diseños actuantes tanto en el texto de Diodoro como en el fragmento transmitido por Ateneo; las incompatibilidades entre uno y otro existen sólo si se les somete a la interpretación rígida que quiere darles P.

La falta de relieve en la interpretación del material se incrementa notablemente por un segundo factor. Pese al propósito de valorar atentamente la actitud del transmisor hacia el autor transmitido, P no trata en absoluto la cuestión más candente de la preceptiva y la crítica grecorromana durante los siglos —el I antes y después de Cristo— en que se juega la fortuna de Clitarco, la polémica entre asianismo y aticismo y el triunfo final de este último, es decir la implantación del clasicismo. Este constituye, sin embargo, un punto fundamental, puesto que el historiador alejan-

<sup>29</sup> Cf. Demóstenes, *Sobre la corona* 35; *Sobre la paz* 15; *Sobre las simonías* 33; *Contra Leptines* 109; Isócrates, *Arquidamo* 6; *Antídosis* 248; Éforo *FGrHist* 70 F119; Nepote, *Epaminondas* 5.2; *Alcibiades* 11.3; Cicerón, *De fato* 4.7; Horacio *Epístolas* 2.1.244

drino aparece en distintos testimonios —concretamente, los que van del número 9 al 13— como representante genuino del asianismo, y ello no pudo dejar de influir en la valoración a que le sometieron los críticos. Un punto de referencia desde el cual considerar los avatares de la difusión de Clitarco lo proporciona el cuadro que incluimos como apéndice; en él figuran, junto a Clitarco, otros cuatro alejandrógrafos, pertenecientes todos ellos a la rama de la alejandrografía ajena en principio a la Vulgata. El espacio cronológico abarcado corresponde a los años decisivos, según P, para la fortuna historiográfica de Clitarco, es decir los siglos I a. y d. C.; se añade el siglo II d. C., dado que en él aparecieron composiciones decisivas para la alejandrografía, como las de Arriano, Plutarco y, quizás, Curcio. Merecen ser destacados los siguientes rasgos: 1) Llama la atención, ante todo, la concentración de citas en estas fechas (237 de un total de 287), lo que permite destacar los siglos I a.C.-II d.C. como ámbito crucial para la fortuna de la alejandrografía; la aludida concentración, sin embargo opera de manera más mitigada en Clitarco. 2) Clitarco presenta mayor diseminación en un segundo sentido, pues la agrupación de menciones en autores concretos —Tolomeo en Arriano es el caso más espectacular, pero también Onesícrito, Nearco y Aristobulo ofrecen índices muy altos— no se da en él; incluso autores que, de acuerdo con los parámetros más exigentes, utilizaron a Clitarco directa o indirectamente (Diodoro y Curcio), mencionan muy poco su nombre e incluso citan con más frecuencia a otros alejandrógrafos. 3) La popularidad de Clitarco no concuerda con lo escaso de sus citas; un autor tan escasamente difundido como Tolomeo recibe mayor número de menciones. 4) Las citas de Clitarco incluidas en nuestro cuadro tienen en alta proporción un sentido descalificatorio: así dos de las de Cicerón, la de Longino y Demetrio, cuatro de las de Estrabón, la de Quintiliano y una de Curcio.

La primera conclusión que se extrae de todo ello es la del ínfimo prestigio que rodeaba la obra de Clitarco en los siglos considerados. De ello hablan el rasgo 2 —no hay autores que se ufanen de contar a Clitarco entre sus fuentes— y el 4, que parece aludir a cierto crédito implícito en las manifestaciones indicadoras de desapego o crítica al historiador alejandrino. La segunda se apoya en la diseminación de las citas de Clitarco y presenta varias vertientes: a) La mayor diseminación en autores (rasgo 1) indica que, de manera general, Clitarco era consultado por mayor número de lectores; b) la mayor diseminación en el tiempo (rasgo 2) apunta a una presencia más viva y constante, aunque oculta de su obra; c) las causas del desprestigio de Clitarco pueden ser muy variadas, pero la menor concentración de sus citas en las fechas de mayor virulencia polémica entre aticistas y asianistas apunta al asianismo como una de los factores de des-

crédito. La tercera conclusión podría enunciarse de la siguiente manera: hay tres transmisores, Estrabón, Plutarco y Arriano, a los que cabe considerar especialistas en literatura alejandrogáfica por su dedicación al tema o por ser autores de una obra centrada en Alejandro<sup>30</sup>; junto a ello, la cantidad de referencias que contienen los califica como las fuentes más diáfanas respecto a la alejandrogafia de la primera época. Los tres manifiestan su rechazo a Clitarco mediante la omisión, una omisión acusada en Estrabón (que se sirve también de la crítica directa), total en Arriano y casi total en Plutarco (cuyas dos citas se limitan a incluir a Clitarco entre los autores de noticias de autenticidad sospechosa). El silencio era, pues, un procedimiento muy utilizado para expresar la reserva frente a la obra del historiador alejandrino.

Ello induce a sospechar la presencia de Clitarco en autores que, como Arriano, callan tenazmente su nombre. Pero induce, sobre todo, a considerar las complejidades del lenguaje utilizado por los autores griegos de época imperial. La falta de atención a este punto resulta llamativa en el análisis que hace P del fragmento 24, donde Curcio niega la participación de Tolomeo en el asalto contra la ciudad de los oxídracas, y de los textos de Pausanias concernientes a la génesis del epíteto tolemaico de "Soter". Hay que decir, ante todo, que no existe acuerdo en la historiografía moderna sobre esta cuestión. P cita varios estudios que apoyan el origen rodio, pero tal origen ha sido rechazado por Jacoby y, en fecha reciente, Hazzard y Hölbl han negado validez a la información de Pausanias<sup>31</sup>. El epíteto Σωτήρ, por otra parte, figura como componente central en la titulación de la monarquía helenística. Unido frecuentemente al término εὐεργέτης e incluido en fórmulas como πάντων κοινὸς σωτήρ ο, sencillamente, πάντων σωτήρ, tiende aplicarse en exclusiva al rey y recoge en su significado buena parte de las funciones que la ideología política helenística asigna a la persona del soberano<sup>32</sup>. Incluso si se admite que Tolomeo portase el título en vida, lo que niegan Hazzard y Hölbl, la concesión de los rodios, en caso de que realmente llegara a producirse, parece una base demasiado estrecha para explicar su utilización por parte de la dinastía lágida; e indudablemente resulta aventurado hacer afirmaciones sobre la obra de Clitarco a partir de un supuesto —que Tolomeo I usó el epíteto de Σωτήρ y que dicho

<sup>30</sup> Sobre Estrabón como alejandrógrafo téngase en cuenta, además de las abundantes citas de historiadores de Alejandro contenidas en su *Geografía* (a las consignadas en el cuadro añádanse 8 de la *Gesta de Alejandro* de Calístenes, es decir, más de un tercio de las referencias que poseemos sobre esta composición), que él mismo afirma (2.1.9 = *FGrHist* 91 F3) haber tratado las empresas del monarca macedonio en su obra histórica.

<sup>31</sup> JACOBY 1921, 624-5; HAZZARD; HÖBL, 86 y 300, n. 30.

<sup>32</sup> Véase SCHUBART, 105-6.

epíteto le fue otorgado por los rodios— doblemente hipotético. Entrando ya en los textos de Pausanias, debe prestarse atención al hecho de que en ellos se trata del pasado griego. En los escritores clasicistas de época imperial el pasado griego funcionaba como un lenguaje transmisor de determinados contenidos político-ideológicos. Y al igual que ocurre con cualquier construcción ideológica al servicio de intereses concretos, implicaba una forma de comunicación marcada por silencios, redundancias y distorsiones<sup>33</sup>. Pausanias, concretamente, considera a los estados y personalidades del pasado por sus contribuciones al bienestar y la libertad de Grecia, contempla la época helenística como un periodo decadente (fiel reflejo en esto del clasicismo imperante en la época de los Antoninos) y centra su atención en aquellos momentos históricos que reflejan la presencia de un proyecto panhelénico o simbolizan la lucha de la civilización griega contra el despotismo o la barbarie: guerras médicas, enfrentamientos de los pueblos griegos con la monarquía macedonia (Queronea y guerra lamíaca), victorias de las comunidades griegas sobre los invasores galos, etc. Cuando en 1.6.1 justifica su digresión sobre la antigüedad de Átalo y Tolomeo y el olvido en que cayeron los historiadores contemporáneos, ello puede interpretarse literalmente; pero también cabe suponer que el autor se excusa por entrar en un tema, el de las monarquías helenísticas, excluido por la preceptiva clasicista o, al menos, incómodo para los autores que se pliegan a los gustos clasicistas. Con más seguridad cabe explicar el aserto de 1.9.3 sobre Filipo y Alejandro: reyes de los macedonios que lucharon contra la libertad griega en Queronea y la guerra lamíaca, ambas figuras constituían un tema ingrato para Pausanias, y de aquí que rechace ocuparse de ellos. Los pasajes en cuestión, por tanto, son explicables a partir de las circunstancias ideológicas y culturales que enmarcan la obra de Pausanias y resulta innecesario recurrir a la impronta de Timágenes<sup>34</sup>. Ello aboca a pensar que Timágenes tampoco tiene por qué figurar entre los alejandrógrafos criticados por Arriano 6.11.3 y que, en definitiva, toda la construcción que P erige sobre el fragmento 24 de Clitarco carece de base.

El ejemplo aducido ilustra un procedimiento que P utiliza repetidamente, el desarrollo de hipótesis en las que cada afirmación depende de la

<sup>33</sup> Cf. SWAIN, 67. Sobre la vertiente política del clasicismo augústeo consúltense además GABBA.

<sup>34</sup> Sobre el clasicismo y sus coordenadas ideológicas sigue siendo de lectura sumamente provechosa el trabajo de WILAMOWITZ fechado en 1900. Buenas definiciones del aticismo y observaciones de gran interés ofrecen DIHLE 1968 [1957] y 1977, REARDON (pp.64-96), GEIZER, FLASHAR y LASSERRE. Una exposición breve pero sustanciosa ofrece DIHLE 1989 (pp.62-74). Consúltense además las obras citadas en n. 30. Sobre Pausanias como autor clasicista véase el libro de BEARZOT, así como SWAIN, 330-356 y GONZÁLEZ PONCE, 179-185.

precedente, de manera que la modificación de una conlleva un grave daño a todo el edificio conceptual. Tal proceder resulta peligroso tratándose de un autor fragmentario, pues exige una interpretación unívoca y rígida de los fragmentos, algo que no autoriza el laconismo y la falta de contextualización usual en este tipo de material, y que resulta especialmente acentuado en el caso de Clitarco. La parte del libro referida a la presencia de Clitarco en fuentes secundarias o en noticias concretas es la más afectada por ese tipo de interpretación. Mucho más acertadas son las páginas que tratan la caracterización literaria e historiográfica del autor alejandrino. La segunda parte del capítulo final ("Considerazioni conclusive. b) La «cifra» di Clitarco", pp. 160-69) compendia los rasgos claves de dicha caracterización, entre los que cabe destacar cuatro: el gusto por las digresiones geotnográficas, la tendencia a incluir tradiciones de origen reciente, la propensión a seguir versiones no oficiales y la ausencia de empeños políticos e ideológicos. También aquí se apoya la autora en un hilo muy tenue, pues los fragmentos clitarqueos, que proporcionan la única base para sus afirmaciones, son realmente mezquinos. No obstante cada uno de los cuatro rasgos encuentra un claro paralelo en historiadores o tendencias historiográficas contemporáneas o semicontemporáneas a Clitarco, y la correspondencia que así se establece —una correspondencia que P ni menciona ni explota— parece corroborar su plausibilidad. La presencia de digresiones geotnográficas es un atributo de la historiografía helenística ya señalado a principios de siglo por Jacoby<sup>35</sup>. La tendencia a seguir tradiciones recientes se halla bien documentada en otro historiador que gozó de gran predicamento en época helenística, Timeo de Tauromenio<sup>36</sup>. La propensión a consignar versiones no oficiales —"l'intento di svelare un retroscena"— conecta con el estudio de las motivaciones y factores privados como elementos constituyentes los grandes sucesos históricos, procedimiento considerado por Strassburger como típico de la historiografía trágica<sup>37</sup>. Pero es en el apartado correspondiente a la ausencia de empeños políticos e ideológicos donde el paralelismo con otros productos de la historiografía helenística resulta más ilustrativo y cargado de consecuencias. Pese a no incidir en dicho paralelismo —lo que empobrece las conclusiones, provocando, entre

<sup>35</sup> JACOBY 1956 [1909], 42.

<sup>36</sup> Cf. *FGrHist* 566 T19 (= Polibio 12.3), 26c-d. El predicamento alcanzado por Timeo en época helenística viene indicado por el hecho de que Polibio dedicase la mayor parte del libro 12 de sus *Historias* a criticar los métodos utilizados por este autor y sus seguidores. En el mismo sentido cabe interpretar la noticia referente a una composición de Polemón el Periégeta en doce libros titulada *Contra Timeo* (*FGrHist* 566 T26; F24). Consulté además PÉDECH, 144-5; LEHMANN, 161; PEARSON 1987, 269-71.

<sup>37</sup> STRASSBURGER, 81-82.

otras cosas, que aparezcan como resultados afirmaciones que realmente debían constituir puntos de partida— P logra aquí sus páginas más fructíferas. Dos vertientes cabe distinguir dentro de este último apartado, una más general que atañe a las intenciones de Clitarco y al espacio ocupado por su obra, la otra centrada concretamente en el retrato de Alejandro.

La preocupación por los recursos expresivos que evidencian los testimonios de Clitarco se repite en historiadores helenísticos como Calístenes, Timeo, Duris o Filarco. Todos ellos permiten entrever cómo el propósito de conformar artísticamente el relato iba acompañado de un planteamiento en el cual el contenido didáctico y político de la obra histórica cede terreno o, al menos, cambia de orientación. Los fragmentos de Filarco, por ejemplo, señalan un tipo de composición atenta a conseguir determinados efectos estéticos y emocionales y cuya justificación, por tanto, no radica, o no radica sólo, en su capacidad de adoctrinamiento<sup>38</sup>. Y para la obra de Timeo se ha supuesto la presencia de personajes frente a los cuales el autor no era favorable ni desfavorable, personajes que, consecuentemente, no son modelos políticos, y ni siquiera modelos éticos<sup>39</sup>. El paralelismo con ambos historiadores parece corroborar en un doble sentido, aunque de manera limitada, las ideas de P. No sabemos, en primer lugar, si la obra de Clitarco recogía o no empeños ideológicos o políticos, pero, si los hubiera, tales empeños debían compartir objetivos y espacio narrativo con una visión de la obra histórica que valora el relato por sus cualidades estéticas, independientemente del mensaje que transmita. En segundo lugar, no hay por qué suponer que los personajes de Clitarco representasen símbolos de una política o instrumentos mediante los cuales se defendiese una opción, y, en caso de que así fuese, no debían agotarse en esa función. Ignoramos, por otra parte, si la composición de Tolomeo se movía en la órbita de aquellos autores que, como Tucídides o Polibio, ven en la historia un tesoro de enseñanzas para la vida pública y la educación del político; pero las características formales de sequedad expresiva, austeridad y adopción de una factura tendente a facilitar el registro de datos sitúan dicha composición en un nivel muy alejado de aquel en que se movía Clitarco. Dada la diferencia que separa el planteamiento de ambos historiadores, no es probable que entre ambos se entablase una relación de competencia literaria; y el hecho mismo de que Clitarco alcanzase una amplia audiencia, mientras que Tolomeo fuese desde el principio un autor escasamente difundido apuntala esta hipótesis. Todo ello lleva a reivindicar para la obra de Cli-

<sup>38</sup> Véase a título de ilustración *FGrHist* 81 T3 (= Polibio 2.56.7-12).

<sup>39</sup> Cf. VATTUONE, 74; 293.

tarco el margen de autonomía, tanto en lo referente a planteamientos ideológicos como en lo tocante a la obra de Tolomeo, que reclama P.

Sobre las ideas políticas de Clitarco o su actitud ante la monarquía lágida no cabe emitir ninguna hipótesis que vaya más allá de la simple verosimilitud. Pero incluso suponiendo que sus lazos con la casa real egipcia fuesen estrechos, ello no tendría por qué desembocar en un retrato hagiográfico de Alejandro. El caso de Teopompo de Quíos es, a este respecto, ilustrativo. Aunque resulta difícil negar las relaciones que debieron unir a este historiador con Filippo II y la monarquía macedonia<sup>40</sup>, en vano se buscarían en su obra rasgos delatores de un diseño orientado a presentar a Filippo como un paradigma ético o un modelo de virtudes. Lo que encontramos en las *Filipicas*, la más extensa composición histórica de Teopompo, centrada en la figura del monarca macedonio que le da título, es un retrato donde la grandeza política se mezcla con la mezquindad moral y con toda suerte de vicios personales<sup>41</sup>. En 1976 A. La Penna dio el nombre de *ritratto paradossale* a aquella fórmula retratística que opera mediante combinación dentro de un mismo personaje de rasgos aparentemente opuestos. Dicha fórmula encuentra una plasmación clara en aquel modelo de hombre que en los momentos de acción despliega energía, diligencia y entereza, pero adopta actitudes licenciosas, se deja invadir por la indolencia y sucumbe a los placeres cuando cesan los *negotia*. La imagen pública de Mecenas, el Petronio de Tácito, el Sila de Suetonio, son muestras claras del *ritratto paradossale*. Tales ejemplos señalan la vigencia del retrato paradójico en la literatura latina de los siglos I a.C. y I d. C., pero La Penna indica que el diseño podría estar presente ya en la historiografía griega del siglo IV, ya que el Filippo II de Teopompo parece llevar su impronta. Pues bien, si se aceptan en sentido lato las ideas de La Penna y se admite que el retrato paradójico es aquel que opera a partir de contrastes y tensiones, cabe afirmar lo siguiente: Filippo no es el único personaje paradójico que dibujó Teopompo; bajo el mismo perfil aparecían en su obra otros renombrados prohombres de los siglos V y IV, así como Temístocles, Cimón, Calístrato —considerado arquitecto de la segunda confederación ateniense—, Eubulo —otro conocido político ateniense del IV— y algunos más<sup>42</sup>. Y, por otra parte, Teopompo tampoco es el único historiador que utilizó, en la época que va de la última parte del IV a la primera mitad del III, la fórmula que comentamos. También Timeo —si hemos de juzgar por los repro-

<sup>40</sup> Cf. SHRIMPSON, 5-6.

<sup>41</sup> El mejor tratamiento de esta cuestión es el que ofrece CONNOR 1967.

<sup>42</sup> Temístocles: *FGrHist* 115 F86; Cimón: F89, con el comentario de CONNOR 1968, 32-36; Calístrato: F97; Eubulo: F100.

ches que a propósito de Agatocles le dirigen Polibio y Diodoro<sup>43</sup>— se sirvió de un patrón dominado por antítesis y contraposiciones para dibujar a sus personajes. En los años en que escribe Clitarco, por tanto, está vivo en la historiografía griega el procedimiento consistente en trazar un retrato a partir de rasgos aparentemente dispares y contradictorios. Dado, además, el margen de independencia ideológica presumible para su obra, cabe pensar que su imagen de Alejandro participaba del diseño contrastado y anti-tético detectable en composiciones contemporáneas. Si ello es así, tanto los rasgos positivos como los negativos del Alejandro de la Vulgata se retrotraerían a Clitarco. Y, en todo caso, también aquí el paralelismo con otros productos de la historiografía helenística corrobora, al menos parcialmente, las tesis de P, en tanto que resulta gratuito suponer que Clitarco pintase al monarca macedonio con tintes hagiográficos y, en cambio, parece probable que la mezcla de cualidades y defectos operase en su retrato.

El veredicto sobre el libro de P también debe ser dual. Ciertamente, en las partes relativas a la presencia de Clitarco en las fuentes secundarias la autora incurre en desarrollos ociosos y alcanza conclusiones escasamente originales. Son, sin embargo, deficiencias que obedecen más a la ejecución de un método concreto que al planteamiento inicial del que depende ese método. Pues los dos principios fundamentales a los que se acoge P —utilizar en primera instancia sólo y exclusivamente los fragmentos, y valorar con toda pulcritud la actitud que guarda el transmisor hacia el autor transmitido— son metodológicamente irreprochables. Posiblemente a ello, aunque también a la sensibilidad y perspicacia filológicas de la autora, se deben las partes mejores de su estudio, las referentes a la caracterización de Clitarco. La importancia del libro de P, sin embargo, no radica tanto en sus logros concretos cuanto en su significado general, pues marca el camino por donde habrán de avanzar en adelante los estudios sobre Clitarco.

J. M. Candau Morón  
F. J. González Ponce  
A. Chávez Reino  
F. Jiménez Sánchez

<sup>43</sup> Polibio 12.15; Diodoro 21.17.1-4 (= *FGrHist* 566F124b; F124d).

## APÉNDICE

TRANSMISORES		REFERENCIAS <sup>1</sup> POR ALEJANDRÓGRAFO					TOTAL POR REFS.
FECHA	AUTORES	Clitarco	Onesicrito	Nearco	Tolomeo	Aristobulo	
ca. 118-67 a.C.	Sisena	1 <sup>2</sup>					1
116-27 a.C.	M.T. Varrón		1 <sup>3</sup>				1
ca. 75-35 a.C.	Filodemo de Gádara	2					2
I a.C.	Cicerón	3					3
I a.C. (ép. de Cicerón)	Demetrio de Magnesia	1	1 <sup>4</sup>				2
I a.C.	Diodoro el Gramático				1 <sup>5</sup>		1
I a.C.	Atenodoro de Tarso				1 <sup>6</sup>		1
I a.C.	Diodoro de Sicilia	1		5 <sup>7</sup>			6
ép. de Augusto ?	Longino ?	1					1
ca. 64 a.C. - post 24 d.C.	Estrabón	5	20	25 <sup>8</sup>	1	15 <sup>9</sup>	66
23/4-79 d.C.	Plinio	5	10	6	1		22
ca. 35-100 d.C.	Quintiliano	1					1
I-II d.C. ?	Q. Curcio Rufo	2	1 <sup>10</sup>	3	1		7
ca. 46-120	Plutarco	2	8	5 <sup>11</sup>	2	11 <sup>12</sup>	28
ca. 85/90-175	Arriano		5	21 <sup>13</sup>	27	34 <sup>14</sup>	87
ca. 120-180	Luciano		2			1	3
ca. 125-190	Ps.-Plutarco					2	2
ca. 130-180	Aulo Celio		1				1
II ?	Harporación	1					1
ca. 150	Clemente de Alejandría	1					1
TOTAL DE REFERENCIAS (en el presente cuadro/en total)		26/37	49/59	65/79	34/40	63/72	237/287

## Notas al cuadro

1. Se cuenta como una sola referencia todas aquellas citas que un transmisor hace de cada alejandrógrafo en un mismo pasaje de su obra, independientemente de que Jacoby las distribuya en varios TT o FF.
2. Según Cicerón.
3. Según Servio.
4. Según Diógenes Laercio.
5. Según Atenodoro de Tarso y Esteban de Bizancio.
6. Referencia indirecta, a través de Diodoro el Gramático, según Esteban de Bizancio.
7. Las tres referencias pertenecientes al libro XVII (T8C, T10A y F31B) pueden haber sido tomadas de Clitarco.
8. El fragmento 27 es una referencia indirecta, a través de Eratóstenes.
9. En los fragmentos 42 y 49B no cita directamente a Aristobulo. F20 = Eratóstenes (posible intermediario).
10. Sólo se refiere a Onesicrito como personaje.
11. Sólo se refiere a Nearco como personaje.
12. En el fragmento 2B no cita directamente a Aristobulo.
13. T10B es una referencia indirecta, a través de Aristobulo, así como T10C lo es a través de las *Elemérides reales*.
14. En el fragmento 9C no cita directamente a Aristobulo.

## BIBLIOGRAFÍA

- Badian, E. 1976. "Some Recent Interpretations of Alexander", *Alexandre le Grande. Image et réalité*, Vandoeuvres - Genève, Entretiens sur l'Antiquité Classique, 22, pp.279-305.
- Bearzot, C. 1992. *Storia e storiografia ellenistica in Pausania il Periegeta*, Venecia.
- Bosworth, A. 1976. "Arrian and the Alexander Vulgate", *Alexandre le Grande. Image et réalité*, Vandoeuvres - Genève, Entretiens sur l'Antiquité Classique, 22, pp.1-33.
- Bosworth, A. B. 1997. "In Search of Cleitarchus: Review-discussion of Luisa Prandi: *Fortuna è realtà dellopera di Clitarco*", *Histos*, August 1997.
- Burich, N.J. 1970. *Alexander the Great. A Bibliography*, Kent.
- Carlsen, J. 1993. "Alexander the Great (1970-1990)", J. Carlsen, B. Due, O.S. Due y B. Poulsen (eds.), *Alexander the Great. Reality and Myth*, Roma, pp.41-52.
- Chávez Reino, A. 1998. "Diodoro y la historiografía griega", M. Brioso y F.J. González Ponce (eds.), *Actitudes literarias en la Grecia romana*, Sevilla, pp.255-281.
- Connor, W.R. 1967. "History without Heroes: Theopompus Treatment of Philip of Macedon", *GRBS* 8, 133-54.
- Connor, W.R. 1968. *Theopompus and Fifth-Century Athens*, Washington.
- Dihle, A. 1968 [1957]. "Analogie und Attizismus", R. Stark [ed.], *RHETORIKA. Schriften zur aristotelischen und hellenistischen Rhetorik*, Hildesheim, pp.402-

437. [Reproducción, con notas complementarias, del trabajo aparecido en *Hermes* 85, 170-205]
- Dihle, A. 1977. "Der Beginn des Atticismus", *A&A* 23, 162-77.
- Dihle, A. 1989. *Die griechische und lateinische Literatur der Kaiserzeit*, Munich.
- Droysen, J. 1877. *Geschichte des Hellenismus*, Gotha.
- Ellis, W.M. 1994. *Ptolemy of Egypt*, Londres - Nueva York.
- Errington, R.M. 1976. "Alexander in the Hellenistic World", *Alexandre le Grande. Image et réalité*, Vandoeuvres - Genève, Entretiens sur l'Antiquité Classique, 22, pp.137-179.
- Flashar, H. 1978. "Die klasizistische Theorie der mimesis", *Le classicisme à Rome aux I<sup>er</sup> siècles avant et après J.-C.*, Vandoeuvres - Genève, Entretiens sur l'Antiquité Classique, 26, pp.79-111.
- Gabba, E. 1982. "Political and Cultural Aspects of the Classicistic Revival in the Augustan Age", *ClAnt* 1, 43-65.
- García Gual, C. 1977. *Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia*, Madrid.
- Gelzer, T. 1978. "Klassizismus, Attizismus und Asianismus", *Le classicisme ...* (véase Flashar), pp.1-55.
- González Ponc, F.J. 1996. "Geografía de gabinete. Aspectos culturales y literarios en las descripciones geográficas de época imperial", *Actitudes ...* (véase Chávez Reino), pp.165-194.
- Goukowsky, P. 1976. *Diodore de Sicile. Bibliothèque historique*, París.
- Goukowsky, P. 1978. *Essai sur les origines du Mythe d'Alexandre (336-270 av. J.-C.). I. Les origines politiques*, Nancy.
- Gray, V.J. 1987. "The Value of Diodorus Siculus for the years 411-386", *Hermes* 11, 72-89
- Guzmán Guerra, A. y Gómez Espelósín, F. 1997. *Alejandro Magno. De la Historia al Mito*, Madrid.
- Hammond, N.G.L. 1992 [1980]. *Alejandro Magno. Rey, general y estadista*, Madrid [Alexander The Great. King, Commander and Statesman, traducción de A. Domínguez Monedero].
- Hazzard, R.A. 1992. "Did Ptolemy I get his surname from the Rhodians in 204?", *ZPE* 93, 52-61.
- Hölbl, G. 1994. *Geschichte des Ptolomäerreiches. Politik, Ideologie und religiöse Kultur von Alexander dem Grossen bis zur römischen Eroberung*, Darmstadt.
- Isager, J. 1993. "Alexander the Great in Roman Literature from Pompey to Vespasian", *Alexander the Great...* (véase Carlsen), pp.75-84.
- Jacoby, F. 1956 [1909]. "Über die Entwicklung der griechischen Historiographie und den Plan einer neue Sammlung der griechischen Historikerfragmente", *Abhandlungen zur griechischen Geschichtsschreibung*, Leiden, pp.16-64 [*Klio* 9, 80-123].
- Jacoby, F. 1921. "Kleitarchos", *RE* 11.1, 622-654.
- Jacoby, F. 1923-1958. *Die Fragmente der griechischen Historiker*, Berlin - Leiden.

- Meister, K. 1992 [1990]. *La storiografia greca. Dalle origini alla fine dell'Ellenismo*, Bari [Die Griechische Geschichtsschreibung von den Anfängen bis zum Ende des Hellenismus, 1990, traducción italiana de M. Tosti Croce].
- La Penna, A. 1976. "Il ritratto paradossale da Silla a Petronio", *RFIC* 104, 270-293.
- Laqueur, R. 1936. "Timagenes", *RE* 6 A.1, 1063-1071.
- Lasserre, F. 1978. "Prose grecque classicisante", *Le classicisme ...* (véase Flashar), 135-173.
- Lehmann, G.A. 1974. "Polibius und die ältere und zeitgenössische griechische Geschichtsschreibung", *Polybe*, Vandoeuvres - Genève, Entretiens sur l'Antiquité Classique, 20, pp.147-200.
- Montgomery, H. 1993. "The Greek Historians of Alexander as Literature", *Alexander the Great...* (véase Carlsen), pp.93-99.
- Pearson, L. 1960. *The Lost Histories of Alexander the Great*, Nueva York.
- Pearson, L. 1987. *The Greek Historians of the West. Timaeus and His Predecessors*, Atlanta.
- Pédech, P. 1961. *Polybe. Histoires. Livre XII*, París.
- Pejenante Rubio, F. 1986. *Quinto Curcio Rufo. Historia de Alejandro Magno*, Madrid.
- Préaux, C. 1984 [1978]. *El mundo helenístico*. Madrid [Le monde hellénistique, París, traducción española de J. Faci Lacasta].
- Raun, C. 1868. *De Clitarcho Diodori Curtii Justinii auctore*, Bonn.
- Reardon, B.P. 1971. *Courants littéraires grecques des II et III siècles après J.-C.*, París.
- Rufus Fears, J. 1974. "The Stoic View of the Career and Character of Alexander the Great", *Philologus* 118, 113-130.
- Schubart, W. 1979 [1937]. "Das hellenistische Königsideal nach Inschriften und Papyri", H. Kloft (ed.), *Ideologie und Herrschaft in der Antike*, Darmstadt, pp.90-122 [APF 12, 1-26].
- Schwartz, E. 1901. "Curtius", *RE* 4.2, 1871-1891.
- Schwartz, E. 1905. "Diodoros", *RE* 5.1, 663-704.
- Seibert, J. 1972. *Alexander der Grosse*, Darmstadt (reimpr. 1992).
- Shrimpton, G.S. 1991. *Theopompus the Historian*, Montreal - Kingston - Londres - Buffalo.
- Sordi, M. 1982. "Timagene di Alessandria: uno storico ellenocentrico e filobarbaro", *ANRW* 2.30.1, 775-797
- Strasburger, H. 1966. "Die Wesensbestimmung der Geschichte durch die Antike Geschichtsschreibung", *Sitz.-ber. Wiss. Ges. Frankfurt* 5.3, 47-96.
- Swain, S. 1996. *Hellenism and Empire. Language, Classicism, and Power in the Greek World AD 50-250*, Oxford.
- Tarn, W. 1948. *Alexander the Great*, Cambridge.
- Toher, M. 1989. "On the Use of Nicolaus Historical Fragments", *ClAnt* 8, 159-172.



- Vattuone, R. 1991. *Sapienza d'occidente. Il pensiero storico di Timeo di Tauromenio*, Bolonia.
- Welles, C.B. 1962. "The Discovery of Sarapis and the Foundation of Alexandria", *Historia* 11, 271-298.
- Wilamowitz-Moellendorf, U. 1900. "Asianismus und Attizismus", *Hermes* 35, 1-52.
- Wilcken, U. 1894. "Ἰπομνηματισμοί", *Philologus* 53, 80-126.

## ELOGIOS MEDIEVALES DEL CENOBIO

---

J.M. ROVIRA BELLOSO (introd.) & I. SEGARRA AÑÓN (trad.), *Vicenç de Lérins, Commonitori; Salvià de Marsella, A l'església; Euqueri de Lió, Lloança del desert*, Barcelona 1998, col.lecció "Clàssics del Cristianisme", Facultat de Teologia de Catalunya - Fundació Enciclopèdia Catalana.

*In sanctis siquidem possum coenobiis  
uidere monachos instructos litteris  
qui sanctis etiam ornatis moribus  
credentur uiuere iam in caelestibus.*  
Poema medieval

San Vicente de Lérins, Salviano de Marsella y Euquerio de Lyon son tres grandes escritores del siglo V d. C., cuyo legado fundamenta el elogio del cenobitismo tradicional en la poesía latina popular medieval que puede leerse en la famosa antología de *Poésies inédites du Moyen Age* compilada por Edelestand Du Meril (París, 1854).

Como ya comentaba Alban Butler en su monumental obra titulada *The Lives of the Saints* (Londres, 1756-1759), San Vicente de Lérins y el texto de su famoso *Commonitorium* había suscitado en el curso del tiempo un gran número de comentarios y textos expositivos. El título completo de la obra es *The Lives of the Fathers, Martyrs and other Principal Saints: compiled from Original Monuments and other authentic records illustrated with the Remarks of judicious modern criticks and historians*. El libro es considerado como una de las obras de piedad más influyentes de la tradición católica en lengua inglesa, correspondiendo la edición más reciente a Michael Walsh, *Butler's Lives of Saints*. Concise Edition. Foreword by Cardinal Basil Hume, O. S. B., Archbishop of Westminster (New York, Harper & Row, 1956, 1985<sup>3</sup>). Rovira Belloso por su parte comenta el debate en torno al *Commonitorium* en los siglos XVII y XVIII y la lectura de figuras emblemáticas como G. J. Vossius o el Cardenal E. de Norris. Dos siglos más tarde, la polémica sobre el supuesto pelagianismo del